



LEJOS

DE LA LUZ DE LA FAROLA

Araceli Gutiérrez Barberá

Lejos de la luz de la farola

Araceli Gutiérrez Barberá

Nota Legal /Créditos

© Araceli Gutiérrez Barberá, 2016

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual: M-006094/2015

©Diseño de la portada. Alicia del Real

Índice:

[Introducción](#)

[Capítulo I- RAÍCES Y SECRETOS](#)

[Capítulo II- EL ENCUENTRO QUE NO REENCUENTRO](#)

[Capítulo III- UN PEDAZO DE ROMA EN PARÍS](#)

[Capítulo IV-LIBROS Y BALAS EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL](#)

[Capítulo V- *DIE HEIMAT IST WEIT*. LA PATRIA ESTÁ LEJOS](#)

[Capítulo VI- DE VISITA EN LA QUIMERA](#)

[Capítulo VII-BUSCANDO A EVA](#)

[Capítulo VIII-UNA EXTRAÑA FIESTA DE DISFRACES](#)

[Capítulo IX-FÁRMACOS EN LAS LEGACIONES EXTRANJERAS](#)

[Capítulo X-ZAZOU IN THE NIGHT](#)

[Capítulo XI-BAJO LA LUZ DE LA FAROLA](#)

[Capítulo XII-LA LISTA DEL TERROR](#)

[Capítulo XIII-EL INFIERNO DE ALSACIA](#)

[Capítulo XIV- PRIMERAS NOTICIAS DEL §175](#)

[Capítulo XV-¡FELIZ NAVIDAD EN FAMILIA!](#)

[Capítulo XVI- PROFUNDIZANDO EN EL §175](#)

[Capítulo XVII- *NACH TOURELLES*-HACIA TOURELLES](#)

[Capítulo XVIII-BERLÍN ORIENTAL EN AMARILLO](#)

[Capítulo XIX- AL SWING DE LA STASI](#)

[Capítulo XX- *AU REVOIR MONTPARNO*](#)

[Capítulo XXI- LA CAJA VERDE DE BOMBONES](#)

[Capítulo XXII- LOS RECUERDOS VIAJAN EN GLOBOS LUMINOSOS](#)

[Nota pie de página](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Gracias](#)

Introducción:

« Porque ignoraba este tipo de matanzas, si bien habían sido sistemáticas y a cuánta gente habían afectado. No estaba seguro. Los historiadores hablan poco de ello. Podía reprochar un montón de cosas a los dictadores, pero esa no podía reprochársela porque la ignoraba».

*Extracto última entrevista realizada a Jean Paul Sartre
23 de febrero de 1980*

Capítulo I- RAÍCES Y SECRETOS

Cuando ya todo ha pasado, ahora que el protagonista y hasta los personajes de reparto por fin se han desprendido de algunos de sus misterios, me atrevo a compartir, autorizada por aquellos que quedamos y pudiéramos sentirnos afectados, lo que sé e incluso lo que he imaginado, tras tanta mentira y ocultación, de la vida extraordinaria de un hombre ordinario. Se entiende esto último como un sinónimo de normal y pienso en la acepción «fuera de orden o regla común» como definición del primer adjetivo.

No desearía que alguien se viera engañado o defraudado, como yo me sentí por mi propia familia, al esperar certidumbres y hechos esclarecidos sobre acontecimientos y personas cuyas existencias han permanecido camufladas, maquilladas o enmascaradas durante décadas. No confíen en encontrarse ante un trabajo exhaustivo de investigación puesto que lo que hallarán en su inmensa mayoría es un cúmulo de conjeturas más o menos atinadas.

Hice muchos intentos, algunos de ellos fallidos, para recomponer la trayectoria de una persona, de un desconocido, que como por arte de magia un buen día pasó a formar parte de mi árbol genealógico, de eso que comúnmente llamamos raíces. De él quise saber más de lo permitido. Hube de escuchar para asomarme a su vida, testimonios de recuerdos difusos, documentos borrosos, archivos incompletos, fotografías amarillentas, acertijos, vericuetos y hasta mentiras. Fui también en busca de algunos lugares extinguidos y de otros que, aunque existentes todavía, estaban cambiados por el paso de siete décadas. Las mismas que se habían llevado ya a algunas de las personas que un

día tuvieron la fortuna o desgracia de cruzar sus caminos mientras transitaban aquellos tiempos difíciles.

La incipiente, más tarde omnipresente, crisis económica en mi país me llevó a formar parte de eso que eufemísticamente vienen llamando movilidad internacional, que no es más que ocultar una palabra tabú, que los españoles conocemos bien en toda su extensión... emigración. Ya no viajamos en trenes abarrotados con nuestras maletas vacías de conocimientos. Ahora lo hacemos en vuelos *low cost* y con el valor incalculable por equipaje de una sobrada formación. El «lejos» de los que se iban antes es un «ahí al lado» para los que emigramos modernamente. Internet y sus redes nos aproximan, pero eso no quiere decir que emigrar haya dejado de significar comenzar de cero. Nunca me asustó volver a empezar, es más, lo había hecho en varias ocasiones tanto profesional como sentimentalmente. Lo que de irritante tenía mi nuevo «recomenzar» era tener que hacerlo forzada superados los cuarenta. Ahí estaba la edad para aumentar las dificultades.

Convencida de no poder recuperar jamás en España el empleo perdido y tener que resignarme a esas alturas de mi vida a vivir de los ahorros y pensión de mi anciana madre, postulé a una oferta de profesora suplente de español como segunda lengua en el parisino *Lycée Buffon*. A los franceses aún les sigue interesando nuestro idioma por lo que éste supone de conexión económica con América Latina. Mi *Curriculum Vitae* les pareció adecuado y que controlara su lengua, todavía más. Obtuve el puesto y a él intentaba adaptarme cuando al cuarto mes de mi estancia en París, después de no pocos draconianos requerimientos para alquilar un micro apartamento al que me mudaba, recibí la llamada de mi madre. Como cabía esperar por el carácter de aquella mujer de 84 años, no era para prestar ayuda o interesarse por mis dificultades, se trataba una vez más, como siempre, de evadir responsabilidades. Continuamente intentó, y consiguió, que otros le hicieran el trabajo

desagradable. Si nunca tuve valor para negarme no lo iba a hacer ahora, con la avanzada edad jugando a su favor.

Mi madre había logrado con maestría que los que la rodeaban cumplieran con las tareas más o menos escabrosas que le correspondían. Mientras los demás nos rebozábamos en el barro, ella era capaz de permanecer impecable, sin despeinarse, como si nos contemplara desde su burbuja protectora de niña de familia acomodada. Inicialmente se ocuparon sus padres, bien situados gracias a una farmacia ubicada en el barrio más elitista de Madrid y centrados en su única hija. Luego llegó mi padre, un hombre que en mi opinión, forjada con la escasa fiabilidad que da una ausencia temprana, ganaba en seguridad a medida que creía proteger y solventar la vida de una delicada y dependiente mujer. Ella le dejaba hacer porque siempre supo que colocándose en el espacio de los débiles podía tener tiranizados a los que se creían en el bando de los fuertes. Tremenda ironía. Mi padre murió prematuramente, así que fue mi único hermano, Manolo, el que pasó a asumir las responsabilidades de mi siempre tutelada madre. Manolo tuvo suerte o quizá no, no estoy del todo segura, al ser rescatado de esta carga por mi cuñada, para nada dispuesta a compartir a su hombre servicial. Begoña irrumpió muy pronto en la biografía de mi hermano y, por tanto, también en la mía. En esa lucha de titanes que suponía el encuentro entre mi madre y mi cuñada, yo salí perdiendo. Ellas se observaban, se reconocían y conocían, pero jamás se atacaron abiertamente. A decir verdad una vez si se enfrentaron, pero fue posterior a la llamada que recibí de mi madre aquel día en París. Yo creo que ninguna de las dos se veía capaz de una victoria segura, así que dejaron su rivalidad en un estado de duermevela. Yo, sin embargo, desperté a la adolescencia llena de encargos de madurez, aquellos que mi madre tenía a bien destinarme. Si alguna vez osé revolverme tímidamente y manifestar alguna queja,

obtuve por respuesta su gesto favorito, una mirada punzante de hielo.

El caso es que aquel día cuando oí —soy mamá—, aclaración innecesaria, aparecía en la pantalla de mi móvil, y empezó a hablarme de la recepción de una carta, no pude resistirme a retrotraerme a mi adolescencia. Me volví a ver entregando misivas con una peseta en su interior entre los buzones del vecindario. Se trataba de una práctica cuasi piramidal, que hoy puede que tenga su equivalente a mayor escala entre los correos electrónicos o Whatsapp virales, a modo de « no rompas la cadena, pásalo ». A principios de los años 80 era habitual recibir en las casas, en la mía desde luego, una carta anónima que te urgía a hacer 24 copias y a enviarlas con una peseta en su interior, total 24 pesetas, a otras tantas personas. De no cumplir con la petición epistolar un sinfín de cosas horrendas empezarían a ocurrirte: accidentes terribles, muertes imprevistas, extremidades inmóviles, dificultades respiratorias. Por si el surtido de desgracias no fuera suficiente, lo ilustraban con ejemplos de seres que habían tenido la osadía de no hacer caso a la petición de la correspondencia y en la actualidad se encontraban con la vida destrozada o directamente ya no se encontraban. A mí todo aquello me hacía reír, pero mi madre echaba mano de su implacable carácter de ordeno y mando y me obligaba a actuar en lo que debiera haber sido su cometido. Yo tenía que ir a la papelería y hacer 24 copias de la carta, introducir la peseta en cada uno de los sobres, dinero que ella me facilitaba ¡faltaría más!, y bajo la amenaza de no salir en un mes si me negaba, repartir las cartas ensobradas entre los buzones de mis vecinos. Para ello precisaba sortear los horarios del portero y el paso imprevisto de algún habitante del edificio.

Así que el día que mi madre me llamó y me dijo que había recibido una carta en cuyo remite aparecía un hospital de París, no anidé la menor duda, estaba a punto de tocarme en suerte un nuevo encargo al que sin miedo a

equivocarme podía calificar cuanto menos de una obligación ingrata, de un «marrón». Acerté.

Los ingresos de la farmacia de mi abuelo sirvieron, entre otras cosas, para que su única hija, mi madre, hubiera estudiado idiomas y se manejara sobradamente en la lengua francesa. Ella misma me tradujo al teléfono la carta que con remite del Hospital *Hôtel-Dieu* de París, se dirigía a los familiares de Manuel Martín de Balmaseda, hospitalizado en el citado centro y a los que se les comunicaba que el estado de salud del paciente se consideraba terminal. El apellido, el de mi madre: largo, compuesto y altisonante. La carta había llegado a la que fue la casa familiar de mis abuelos, los farmacéuticos, la misma que después heredó mi madre como única descendiente. La verdad es que eran demasiadas coincidencias para que se tratara de una equivocación, pero cabía la posibilidad, aunque el enfermo se llamaba Manuel como mi hermano y como mi abuelo.

—No es una equivocación. Es mi hermano, tu tío. — Tono tajante de mi progenitora para despejar el desconcierto.

—Tienes que ir al hospital y ver qué es lo que quiere ese a estas alturas —añadió.

Que mi madre hablara de forma despectiva de alguien no me extrañaba. Siempre se refirió a las personas que trabajaron en casa como «las chachas», algo muy castizo a la par que repugnante en mi opinión. Sin embargo, utilizar el mismo tono para referirse a un hermano, pero ¿qué hermano? si ella era hija única. Resultaba obvio que no, que el farmacéutico de la calle de Lista tuvo otro hijo del que a mí nadie me había hablado.

He de reconocer que el encargo de mi madre me estaba agobiando, pero aun así, no pude reprimir esbozar una sonrisa al recordar cuánto había bromeado con la recepción de una carta donde te comunican la herencia de un desconocido antepasado. Bueno, es como lo de fantasear con lo que harías si te toca el gordo de la lotería de

Navidad, ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Mi recién estrenado tío materno, anciano, deducción por sentido común y moribundo porque lo decía la carta, aparecía en mi vida, pero ya se intuía que no era para hacerme heredera de un luminoso apartamento en la *Place Vendôme*. Esas cosas se presentan vía notarial y no a través de una formal comunicación hospitalaria.

Sin recobrarne del desconcierto recriminé a mi madre no haberme hablado nunca de su hermano.

—Las personas que un buen día desaparecen caprichosamente hay que darlas por muertas —me respondió como siempre, fría, casi glacial.

—No se les puede permitir que te hagan daño dos veces. Que él se marchara destruyó a mis padres. Pero vamos, ahora no es momento de recuperar viejos chismes. Tú vas y miras a ver qué quiere. Si te pregunta por mí, le dices que he muerto.

Esto último llevaba el sello de mi madre, igual que ocurría con las cartas piramidales, no era capaz de mantener a raya la superstición o la mala conciencia, pero el trabajo sucio lo hacían otros. En este caso, me había tocado a mí.

Capítulo II- EL ENCUENTRO QUE NO REENCUENTRO

Conocía bien donde se encontraba ubicado el Hospital *Hôtel – Dieu* porque en mi primera estancia como turista en París lo visité con el convencimiento de ser un monumento de obligada entrada turística anejo a la catedral de *Notre-Dame en la Île de la Cité*, o lo que es lo mismo, en el origen de París.

Atravesar el atrio de *Notre- Dame* es todo un reto difícil de alcanzar. Si no chocas con algún turista embelesado, otro te pedirá que le hagas una fotografía familiar con la catedral al fondo, si no tienes cuidado puedes quedar inmortalizado a tu paso en alguna instantánea que jamás contemplarás e incluso hasta es posible verte acometido por un vendedor de pequeñas torres Eiffel convertidas en llavero. Nada de esto soy consciente de que me ocurriera el día que iba al encuentro de mi desconocido tío. Mi cabeza daba vueltas a qué decir al encontrarme con aquel hombre en el momento que me di de bruces con la imponente fachada del hospital más antiguo de Francia.

La amplia entrada del centro hospitalario, de origen en el medioevo, deja ver a través de una enorme cristalera un patio al estilo jardín francés, lo que hace olvidar por un momento al visitante que se halla en una policlínica. En mi caso fue una efímera ilusión porque cuando pronuncié el nombre de Manuel Martín de Balmaseda me indicaron que debía subir a la tercera planta, a Psiquiatría, así que ¡voilà!, estaba de lleno en un hospital y dirigiéndome a una especialidad médica que no había contemplado en las miles de cábalas hechas desde que recibí la llamada de mi madre.

Tuve un pensamiento inconfesable por políticamente incorrecto: «Recupero a un tío hasta ahora inexistente y además enajenado. Ese sí que es el premio gordo».

El Dr. Poittevin, firmante de la carta recibida por mi madre, me aclaró enseguida que en la planta de Psiquiatría donde en ese momento nos hallábamos, trabajaban conjuntamente neurólogos, geriatras y psiquiatras, para paliar, en la medida de lo posible, la dolencia que aquejaba a Manuel Martín de Balmaseda y a otros tantos pacientes: el alzhéimer en su tercera fase. Cuando un experto en medicina habla, los profanos hemos de consolarnos con ir pescando palabras que, superado el conglomerado de datos, intentamos recomponer como bien podemos.

Me pareció entender que mi tío, según me informó el Dr. Poittevin, tenía una aguda pérdida de memoria, salía de su mutismo para pronunciar algo esporádicamente, pero sin sentido. Era incapaz de tomar decisiones o resolver problemas, su postura se había acomodado a estar doblada y sufría de incontinencia. A esto se añadía que los casos de demencia severa, la tercera y última etapa de la enfermedad, tras la primera de olvido y la segunda de confusión, se suele complicar con problemas respiratorios y de deshidratación. Lo último lo solucionaron en el hospital, pero la afección respiratoria, teniendo en cuenta la avanzada edad, se presentaba irreversible. Palabra misericordiosa para anunciar que solo la muerte espera más temprano que tarde. La cabeza me estallaba ante tal cúmulo de información de desalentador panorama. El Dr. Poittevin me habló además de los efectos secundarios que la medicación suministrada para combatir la demencia ocasionaba en el paciente. Dijo no sé qué de inhibidores de algo desconocido para mí, la colinesterasa, y de los reguladores del glutamato. Ni idea, para qué mentir. En fin, aquello ya era demasiado y osé interrumpir la clase magistral. No le agradó al Dr. Poittevin. Fue entonces cuando me pareció percibir que me dirigía una mirada recriminatoria al intentar

explicarle que yo nada sabía de aquella enfermedad que aquejaba a mi tío porque ni siquiera había sabido de la figura de aquel hombre enfermo hasta esa misma mañana. También creí entender que utilizaba la palabra francesa *nonchalance* para referirse a la actitud de la familia de Manuel. No me gustó porque esa expresión tiene mucho de recriminatorio, en fin de mala leche. Es como utilizar en español «dejadez», «indolencia» o de forma más vulgar, «cuajo». Estaba dispuesta y, aún no sé bien por qué, a asumir la tutela de Manuel Martín de Balmaseda hasta su fin, pero no iba a aguantar que alguien encastillado en su bata blanca, me juzgara así porque sí.

El Dr. Poittevin entendió que se había extralimitado, aunque no creo que llegara a creermelo en mi argumento de total desconocimiento. Se suavizó, hasta pareció un poco más humano, cuando me dijo que un tal Monsieur Gandolfo, vecino de mi tío, llamó hacía algo más de un mes al servicio de urgencias ante la gravedad del estado del anciano. Al vivir en el distrito V de París, le correspondió la hospitalización en el *Hôtel -Dieu*. El propio Monsieur Gandolfo facilitó la dirección de la familia española de su vecino al ser interpelado, esto es una deducción mía, por el inquisitorial Dr. Poittevin. Después el médico escribió la carta, sin mucha fe según dijo, pero forzado moralmente. Días más tarde aparecí yo, más perdida que la memoria de mi tío.

Percibí que el psiquiatra se apiadaba de mi desconcierto. Me dijo que si quería encontrarme con el enfermo podía hacerlo. Me permitía visitarlo en su habitación, pero que no esperara gran cosa. Le corregí la palabra encuentro por reencuentro, como si deteniéndome en la precisión del lenguaje pudiera distraer mis miedos. Siempre me he mostrado cobarde ante la perspectiva de la vejez y de la muerte y ahí tenía delante a las dos en una, en la persona de Manuel Martín de Balmaseda.

El anciano dormía y solo abrió los ojos levemente para mirar sin ver. Su mirada era vacía, hueca, como si detrás de ella no hubiera nada. No sé bien decir a estas alturas qué impresión me causó la cara de Manuel Martín de Balmaseda la primera vez que le vi, quizá me pasó desapercibida. Recuerdo bien, por el contrario, su minúsculo cuerpo recogido en posición fetal sobre la cama. Pequeño o acaso consumido. En ese momento no contaba con referencias para asegurar ni una cosa ni la otra. Lo que sí tuve claro es que no se parecía en nada a la corpulencia que de mi abuelo, su padre, recordaba por haberle visto en alguna fotografía antigua. Me quedé allí un rato mirando como el que observa un mueble desvencijado. No lo toqué, no quería hacerlo, ¿por qué habría de acariciar con afecto a alguien a quien ni conocía ni quería? No tardé en desear irme y mientras escapaba de aquel triste cuarto, el hombre musitó desde la cama algunas palabras que no pude entender. El por momentos más humano Dr. Poittevin, que me acompañó todo el tiempo, sobrecogido por mi desconcertada actitud, hizo las labores de traductor.

—Ya le he dicho que dice cosas inconexas, unas tal vez en español y otras en francés, me parece entender siempre que llama a la misma persona, algo así como Evra o Eva.

Me despedí del Dr. Poittevin al que no recuerdo darle las gracias porque me distrajo con el encargo hecho por Monsieur Gandolfo.

—El vecino de su tío me pidió que si localizaba a la familia de Manuel no dejara de rogarles que acudieran a su encuentro.

El Dr. Poittevin me facilitó la dirección, el 7 de la rue de Navarre en el distrito V de París, y un número de teléfono.